

Clausura I Semana Atlántica del IADG

Madrid, 02.06.16

Quiero comenzar por manifestar mi más sincero agradecimiento a todas las personas que han hecho posible esta extraordinaria I Semana Atlántica del Instituto Atlántico de Gobierno.

En primer lugar, a Su Majestad el Rey D. Felipe VI, que el pasado lunes recibió en audiencia al Consejo Académico y Social de esta casa. Para todos nosotros es un gran honor. Un honor del que nace la obligación de hacer las cosas cada día un poco mejor.

En segundo lugar, a los miembros del Consejo Académico y Social, que desde el primer momento han querido ser parte de un proyecto que ya es una realidad consolidada y que encara a partir de ahora nuevos retos, cada vez más ambiciosos y exigentes.

Igualmente, quiero agradecer su presencia en estas jornadas a todos los ponentes que han participado en nuestras mesas de debate, que han abordado temas capitales no sólo para el futuro de las relaciones atlánticas sino para el desarrollo económico y social en todo el mundo. Ellos ejemplifican la capacidad de convocatoria del Instituto Atlántico de Gobierno, el rigor y la amplitud de miras con los que queremos trabajar.

Agradezco también muy sinceramente la presencia de todos ustedes en este acto de clausura -alumnos, familiares, profesores, socios y miembros del Consejo-, en esta estupenda sede que CELLNEX ha puesto a nuestra disposición tan amablemente y donde tan a gusto hemos podido trabajar.

Y, por supuesto, agradezco la atención de los medios de comunicación. Este es un centro abierto a la sociedad, y eso significa estar abierto a los medios que quieren conocer y contar lo que somos y lo que hacemos.

Y creo que lo estamos haciendo muy bien. La realidad es que estamos teniendo éxito en un área de estudio donde muchas y muy destacadas instituciones educativas de renombre internacional –brillantes en otros temas- han intentado destacar, pero han terminado arrojando la toalla en no pocas ocasiones.

Gracias, pues, a todos por haber hecho que esta semana haya sido un verdadero broche de oro a un gran año fundacional.

Un año fundacional que lo es ya, sin ninguna duda, de un proyecto que ha demostrado su valor social a ambos lados del Atlántico, su excelencia académica y su viabilidad empresarial.

Porque este instituto es –quiero recordarlo- una empresa privada, que recibe y quiere recibir mucha atención pública, pero que no recibe ni quiere recibir ningún dinero público. Es producto del emprendimiento y es un caso de éxito que está dejando una huella importante en el espacio educativo atlántico.

Hemos creado un Máster en Gobierno, Liderazgo y Gestión Pública que por su exigencia, por su profundidad y por el valor formativo que ofrece a los alumnos, no tiene equivalente en nuestro entorno. Les remito a la memoria de curso para comprobar que esto se ajusta estrictamente a la realidad.

Quiero expresar mi reconocimiento personal a los alumnos de la primera promoción del máster, con los que he compartido aula en más de una ocasión durante este año, por su confianza en nuestro proyecto académico. Y quiero darles mi enhorabuena por el curso que han realizado, que sé que ha exigido mucho esfuerzo, pero que, estoy convencido, es un esfuerzo de los que vale la pena hacer.

Y estamos poniendo en marcha nuevos programas y nuevos proyectos que seguirán el mismo camino y que irán dando forma a la escuela de gobierno completa que queremos hacer realidad en el Instituto Atlántico de Gobierno.

Permítanme destacar algunos de ellos.

Lo primero y fundamental es haber hecho plenamente operativo nuestro Campus Global. Sobre una plataforma Moodle de última generación hemos desarrollado ya una versión on-line del Máster presencial. Que se ofrecerá no sólo en España sino en distintos países de América Latina y en Norteamérica con variantes nacionales aportadas por nuestros socios académicos locales.

Es evidente que el mercado educativo potencial al que podemos acceder de este modo, a través de convenios de colaboración en países como México, Estados Unidos, Colombia, Perú, Argentina, Chile, etc., es extraordinario. Y sabemos que el atractivo de esta casa en todos esos lugares es muy grande. El próximo lunes inauguraremos en Madrid el primer programa conjunto con la Universidad Sergio Arboleda de Colombia.

Permítanme darles un dato nada más: para la próxima edición del Máster, se ha ofertado por primera vez una de nuestras becas de estudio a través de la Fundación Carolina, financiada por el BBVA. La Fundación Carolina ha registrado más de 1800 solicitudes para esa beca, lo que constituye un hecho insólito para cualquier programa, pero especialmente para uno que aparece en su catálogo por primera vez. Es sólo un dato, pero no es cualquier dato.

En segundo lugar, hemos inaugurado recientemente nuestra Escuela Práctica de Comunicación Política, que impartirá cursos especializados de máxima calidad en distintos formatos y sobre distintas plataformas, tanto presenciales como on-line. El primero de ellos se celebró hace algunas semanas y esta misma tarde comenzará el segundo. Estamos generando contenidos específicos con profesionales independientes de primer nivel internacional en colaboración con Mas Consulting Group.

Además, seguiremos realizando, periódicamente e incluso con mayor frecuencia, nuestros Foros Atlánticos, que ya han tenido un sobresaliente éxito de convocatoria sobre materias como el futuro de la política, la amenaza terrorista y el futuro del bienestar. En ellos se han reunido decenas de académicos, empresarios, políticos y especialistas de gran prestigio.

Y, finalmente, por no hacer esta relación demasiado extensa, quiero referirme a uno de nuestros proyectos más importantes. Hemos firmado ya un memorándum con la cátedra Nelson Mezerhane sobre Democracia, Estado de Derecho y Derechos Humanos, y con el Miami Dade College, la institución universitaria más grande de Estados Unidos, para colaborar en cuantas actividades sea posible, comenzando por la creación de un Observatorio de Transiciones.

Un centro que terminaremos de definir en sus detalles en las próximas semanas, pero que, en todo caso, queremos que sea una referencia internacional. Un lugar donde formar líderes capaces de hacer realidad las transiciones democráticas que deben producirse en América Latina;

- que proporcione experiencias y guías seguras sobre este tipo de transformaciones esenciales para la libertad y la prosperidad de las naciones, que deseamos que sean pacíficas e integradoras;

- un lugar de encuentro para todos los demócratas que deseen ayudar a extender los principios de la democracia y del Estado de derecho en todo el mundo, pero especialmente en lugares como Venezuela y Cuba;

- que recoja y difunda conocimientos en perspectiva comparada; que ponga luz allí donde pueda haber confusión, y criterio transparente donde pueda existir manipulación y oscuridad, que las hay, y no pocas;

- y que realice un seguimiento crítico y constructivo de los procesos políticos democratizadores y de cambio que deben tener lugar lo antes posible y en cuantos más sitios mejor.

El Observatorio de Transiciones es un proyecto en el que se expresa perfectamente el ideario al que tantas veces nos hemos referido –recuerden que este Instituto tiene ideario, no ideología- y que refleja también nuestra vocación atlántica, que se asienta en los principios de civilización que el mundo occidental comparte.

Un centro, en suma, desde el cual alertar y alentar, que, como muchos de ustedes saben, son las únicas actividades públicas a las que me dedico. Y que realizo siempre teniendo presente lo que creo que es el interés de mi país, que es el único interés político final con el que me siento comprometido. El mismo al que he tratado de servir durante toda mi vida allí donde he estado, y el único al que lealmente procuro someter todas mis intervenciones públicas, incluida esta.

Como pueden ver, el Instituto Atlántico de Gobierno no sólo ha desplegado una intensa actividad, sino que ha definido ya un plan de desarrollo para los próximos años que está cargado de coherencia, de buen sentido y de utilidad pública.

Y toda esta actividad se ha asentado y se asentará en algunas convicciones de fondo y en algunas experiencias esenciales que me gustaría destacar.

Hoy vivimos intensos procesos sociales y políticos de desagregación, de fractura, de polarización y de discordia. Procesos inducidos y fomentados. Y creo que todos ellos son manifestaciones distintas de un mismo problema de fondo: el problema de la desmemoria. Que no es un simple olvido, sino la decisión consciente o al menos irresponsable de dejar

de prestar atención al pasado y a lo que el pasado nos enseña para hacernos mejores. Muchas de las cosas que hoy están puestas en cuestión lo están por ignorancia.

Lo que hoy algunos señalan en nuestro sistema como arbitrario, sesgado o prescindible obedece casi siempre a razones de fondo que simplemente se desconocen. Y se quieren desconocer.

Los radicalismos, los populismos y los nacionalismos excluyentes, la banalización de la política, el desbordamiento cotidiano de los límites del poder y la transgresión de la institucionalidad como costumbre, los desafíos a la convivencia, son expresión de una misma actitud ante los problemas que tenemos delante.

Una actitud lo bastante vulgar como para que se pueda generalizar la idea de que es sofisticada, y lo bastante antigua como para que pueda pasar por avanzada y nueva ante quienes no conocen bien su propio pasado: a saber, una vez más, el viejo infantilismo de que bajo el adoquín encontraremos la playa.

Sin duda, la crisis económica, las migraciones masivas y sin control, la corrupción, el aislacionismo, las amenazas a la seguridad y tantas otras cuestiones son problemas reales que no podemos ignorar. Pero todos estos problemas no son muy diferentes a otros que el mundo occidental ha tenido que afrontar y ha sabido resolver razonablemente en décadas no muy lejanas de su historia, aunque a algunos, especialmente a los más jóvenes, pueda parecerles un tiempo muy distante.

El tiempo histórico que nos sigue definiendo, la frontera moral que determina nuestra vida cotidiana sigue estando en el hecho catastrófico que fue la Segunda Guerra Mundial, y en el universo de valores, instituciones y actitudes que supimos crear y sostener después de él. En el caso de los españoles, nuestra Guerra Civil.

Sin embargo, cada día tenemos menos presentes las enseñanzas de esos acontecimientos y, por ello, la vigencia social de ese conjunto de valores, de instituciones y de actitudes está decayendo. Tanto nuestra Constitución como las de los países europeos, y el proyecto europeo mismo, se asientan en la amarga experiencia del conflicto violento y en la voluntad de erradicarlo para siempre.

Necesitamos hoy traer de nuevo a la luz pública toda esa experiencia y todo ese patrimonio cívico, para afrontar con garantías los problemas que tenemos ante nosotros. En esta casa lo explicamos incansablemente. Constituyen la base del único orden nacional e internacional disponible, que debe ser un orden de normas e instituciones. No tenemos otro y no debemos tener otro porque ese es el que respeta, aprecia y protege en toda su dignidad la vida humana.

Quienes lo atacan no parecen tener mucho que añadir al progreso de la humanidad, y no hay excepción a esto: se ha probado en cualquier continente, en cualquier marco cultural o religioso, en cualquier lengua, en cualquier época.

Insisto, tenemos problemas. Pero tienen solución a condición de que no nos creemos uno más: el problema de la desmemoria y de la autodestrucción de todo lo que nos ha hecho libres, seguros y prósperos.

Es después de la Segunda Guerra Mundial cuando las ideologías totalitarias son vencidas y confinadas a los márgenes de la vida europea. Hoy están volviendo.

Es entonces cuando se levantan las estructuras de seguridad y de cooperación que hicieron posible la defensa de la libertad y el desarrollo económico. Es entonces cuando se establece el sistema de Bretton Woods, la OTAN y las Comunidades Europeas. Hoy el acuerdo comercial conocido como TTIP está amenazado, la OTAN está debilitada y la Unión Europea, desorientada y desafiada.

Es entonces cuando se restaura y se refuerza el constitucionalismo en los países cuyas instituciones habían quedado destruidas por la guerra. Hoy padecemos la amenaza real del populismo allí donde más daño puede hacer, que es en las instituciones.

Es también entonces cuando se aprende de la experiencia para forjar una voluntad explícita de cooperación dentro de los países y entre ellos. Cuando se reconoce la importancia de la ley y del comercio, cuando se entiende que el trabajo de la política es asegurar la convivencia y no asaltar el Paraíso, que es siempre el camino más directo hacia el infierno del conflicto violento. Hoy nada de esto puede darse por descontado.

En el caso español, y después de una larga dictadura que nos aisló de todos estos procesos de cooperación internacional durante demasiado tiempo, es durante nuestra Transición cuando tenemos oportunidad de aprender también todas estas lecciones y de ponerlas en práctica.

Es cuando decidimos hacer de la reconciliación, de la concordia, del consenso y de la integración las bases de un sistema común, que queríamos que fuera de todos y para todos, y que lo ha sido de verdad –incluidos sus enemigos– pese a los errores y a las insuficiencias que se puedan señalar.

No es verdad que nuestra Transición se hiciera con desmemoria. Al contrario. Lo que pasa es que quien dice eso lo dice con ignorancia. Se hizo con voluntad de reconciliación precisamente porque existía una memoria muy clara de la historia, que entonces para muchos aún era biografía. Es ahora cuando algunos actúan frívolamente ignorando el pasado, incluso pretendiendo hacernos volver a él.

Hoy la continuidad histórica de este proyecto de éxito de convivencia y progreso está seriamente comprometida por una combinación de hiperactivismo de quienes lo desprecian y de desatención o quizás de falsa prudencia de quienes lo apreciamos.

Creo que no es necesario que les diga que yo mantengo algunas opiniones políticas propias. Pero sí me parece necesario decirles que durante este año, por la sede del Instituto Atlántico de Gobierno han pasado personas que no las comparten. Y que las hemos invitado precisamente porque no las comparten. Eso sí, comparten parecida militancia democrática a la que nosotros proclamamos.

Hay un espacio para la discrepancia entre demócratas. Ese es nuestro espacio de debate, el que las sociedades maduras necesitan. Y estoy especialmente agradecido a esas personas porque sin ellas habría sido imposible cumplir nuestro deseo de crear un centro abierto, transversal e integrador, imagen de las virtudes que han forjado lo mejor de España y lo mejor de América.

En este instituto han participado ponentes de todos los partidos que compartan nuestro ideario democrático, a izquierda o a derecha. Partidos de los que dependerá después del próximo día 26 que el gran proyecto nacional que los españoles pusimos en marcha hace casi cuarenta años tenga continuidad por el bien de todos.

Creo sinceramente –y pongo en esta afirmación toda mi experiencia y todo mi conocimiento–, que ahora mismo no hay trabajo más importante que hacer a favor de España que el de recuperar la voluntad de concordia para evitar un descarrilamiento histórico que a día de hoy no es en absoluto imposible. Aquí lo hacemos.

A mi juicio, eso implica abandonar de inmediato cualquier tentación de polarizar, de amedrentar, de extremar, de excluir, de radicalizar, de dividir, de enfrenar a unos españoles contra otros. Porque en esa competición siempre ganan los mismos, que son siempre los peores. Y siempre pierde la convivencia. Hay abundante experiencia acerca de esto.

Y ese trabajo de fondo implica también retomar de inmediato y con el máximo empeño todas las tareas destinadas a vincular, acercar, consensuar, ayudar, incluir, confiar y acordar entre españoles. En suma, implica hacer cuanto se necesite para defender de modo efectivo y duradero el marco de convivencia que nos ha proporcionado los mejores años de nuestra historia.

Tareas todas ellas que tendrán lugar en el marco de nuestra monarquía parlamentaria –con todas las implicaciones de procedimiento que eso conlleva–, a cuyo beneficio todos tenemos obligación de contribuir con los sacrificios personales que sean necesarios en cada momento.

Podemos tener opiniones distintas, pero compartimos un mismo país y debemos tener la voluntad de procurarle el mejor futuro. Es sobre ese suelo común sobre el que deben descansar siempre los desacuerdos y en él deben encontrar siempre su límite. Hemos avanzado demasiado por el camino equivocado. Debemos dar la vuelta y debemos hacerlo ya.

Si lo hacemos, estoy seguro de que recuperaremos pronto nuestro buen camino como nación europea y atlántica. Y de que podremos contribuir nuevamente al progreso de muchos. La alternativa, sencillamente, no debe ser aceptable para ningún español consciente del tiempo en el que vivimos.

Queda clausurado el curso 2015-2016 del Instituto Atlántico de Gobierno.